



En un creciente escepticismo

# Hablemos de democracia

CORTESÍA EL PAÍS

Ante las serias amenazas que enfrenta la democracia a escala global, en este Dossier abordaremos junto al embajador de carrera, Edmundo González Urrutia, algunos de los riesgos que se presentan en la región; seguido por el también diplomático de carrera, Norman Pino De Lion, quien nos presenta los desafíos que están planteados para los ciudadanos y las organizaciones políticas y sociales en nuestro país; y los recursos que ofrece el orden internacional para coadyuvar en la defensa de nuestras instituciones democráticas, de la mano del profesor titular y doctor en Ciencias Políticas, Félix Gerardo Arellano



ALFREDO ESTRELLA / AFP

# Desafíos a la gobernabilidad democrática

Edmundo González Urrutia\*



CORTESÍA EL PAÍS



MARTIN BERNETTI / AFP

A diferencia de lo ocurrido en las décadas de los 80 y 90, cuando una ola de cambios políticos provocó el llamado “renacer democrático” en Latinoamérica, el panorama que presenta la región actualmente nos muestra un escenario bastante diferente. Esa nueva realidad va de la mano con la irrupción de regímenes autoritarios, la erosión de la democracia, restricciones de las libertades individuales, malestar económico, entre otros asuntos, todo lo cual afecta la gobernabilidad y se traduce en un creciente escepticismo de los ciudadanos en las instituciones democráticas, en las organizaciones políticas y en sus dirigentes. La recesión económica y los efectos económicos y sociales de la crisis sanitaria de los últimos años aceleró y profundizó estos sentimientos.

Es así que los resultados de varios procesos electorales ocurridos en tiempos recientes y, sobre todo, los que podrían venir en los próximos meses, nos muestran un cuadro que pareciera confirmar, nos guste o no, la conocida tesis del péndulo o de los ciclos históricos.

El ciclo de transiciones de dictaduras a democracias, que ocurrió en las décadas de los 80 y 90, se fue fortaleciendo con el apoyo de algunos actores clave de la comunidad internacional hasta su consolidación, lo cual hizo a nuestro continente, con la excepción de Cuba, un ejemplo de libertad democrática. Tales experiencias supieron sortear las dificultades de

**De la fatiga democrática hemos pasado a lo que algunos analistas definen como “cuarentena democrática”, un tiempo en el que se agudizan los conflictos institucionales, se cercenan las competencias de los órganos legislativos y la preeminencia del Poder Ejecutivo.**

esos tiempos, en parte, gracias a la aplicación de reformas económicas y de modernización de sus estructuras, las cuales lograron contener las expectativas ciudadanas aún cuando persistían variables estructurales que le impedían un progreso económico sostenido.

Sin embargo, este proceso no estuvo exento de tropiezos y violencia, como los ocurridos en Venezuela entre 1989 y 1992, dando comienzo a la desestabilización que años más tarde puso fin a varias décadas de ejercicio de la democracia representativa, siendo esta sustituida por el llamado socialismo del siglo XXI.

Como lo dijo el secretario general Luis Almagro en su segundo informe al Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en marzo de 2017:

Venezuela es un caso singular en la región, siendo el único ejemplo de una democracia que ha caído a una velocidad vertiginosa en un autoritarismo absolutamente violatorio de los principios establecidos en los artículos 3 y 4 de la Carta Democrática Interamericana.

Lo cierto es que los reajustes políticos que se están produciendo en el hemisferio van de la mano de la configuración de nuevas alianzas como las que están impulsando los gobiernos de López Obrador en México, y de Alberto Fernández en Argentina, quien ahora preside la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) en un intento por apuntalar el llamado eje progresista en su inocultable empeño por erigirse como una instancia alternativa a la OEA, una estrategia que pareciera ir ganando terreno en algunos pocos gobiernos pero que aún no logra configurar una real amenaza.

De la fatiga democrática hemos pasado a lo que algunos analistas definen como “cuarentena democrática”, un tiempo en el que se agudizan los conflictos institucionales, se cercenan las competencias de los órganos legislativos y la preeminencia del Poder Ejecutivo.

De cualquier modo, tal situación no debe servir de excusa para debilitar el Estado de derecho, violar los derechos humanos, restringir indebidamente la libertad de expresión, atacar a la oposición y cerrar o reducir los espacios de la sociedad civil, como bien lo apunta el político chileno Sergio Bittar en un reciente documento. Para decirlo de manera directa, la crisis no otorga a las autoridades un cheque en blanco para hacer cualquier cosa.

En otro orden de ideas, la victoria electoral de Gustavo Petro en Colombia se inscribe en esa corriente de triunfos de la centroizquierda que está teniendo lugar en el arco suramericana-

no desde finales de 2019. Recordemos que en la elección presidencial argentina se impuso el peronismo bajo la fórmula integrada por Alberto Fernández y Cristina Kirchner. Siguió en 2020 la elección presidencial boliviana que fue ganada por el Movimiento al Socialismo con Luis Arce y David Choquehuanca. En 2021 se impuso Pedro Castillo en la presidencia peruana y a comienzos de 2022, Gabriel Boric en Chile. Las excepciones fueron Uruguay a comienzos de 2020 y Ecuador en 2021, donde ganaron los presidentes Luis Lacalle Pou del Partido Nacional y Guillermo Lasso del movimiento CREO.

Para sintetizar de forma apretada las variables que inciden en esta nueva ola de cambios geopolíticos en la región, se podría decir:

En primer lugar, *el protagonismo de los movimientos indígenas como un actor clave en las distintas crisis político-institucionales*. Recordemos por ejemplo que, en Ecuador, entre 1997 y 2005 los presidentes Abdalá Bucarám, Jamil Mahuad y Lucio Gutiérrez fueron derrocados por protestas lideradas por grupos indigenistas y que en tiempos más recientes los gobiernos de Lenin Moreno y de Guillermo Lasso estuvieron a punto de ser depuestos en circunstancias similares por la presión de estos movimientos.

Un segundo elemento es *la crisis o debilitamiento de las estructuras políticas tradicionales*. En otras palabras, el fenómeno de la llamada *antipolítica* y la *desarticulación del sistema político tradicional* que se ha instalado en varios países como Colombia, Chile y Perú, por citar los más evidentes. De tal forma, el bipartidismo tradicional del sistema político colombiano, prácticamente desapareció con los resultados de las últimas elecciones. Más aún, el discurso político de la campaña de uno de los candidatos presidenciales, Rodolfo Hernández, fue la expresión más acabada de la antipolítica, para no decir que los partidos históricos liberales y conservadores quedaron fuera de la segunda vuelta. Acotemos que en Chile ocurrió algo parecido con el debilitamiento del socialismo y los partidos de centro derecha.

El triunfo de Pedro Castillo en las elecciones presidenciales de Perú se inscribe también en esta tendencia de debilitamiento de los partidos tradicionales. Pedro Castillo, es un *outsider* de la política, educador y dirigente sindical de la empobrecida zona norte del Perú quien no figuraba entre los favoritos. Que Castillo haya ganado su pase al *ballottage* con apenas el 16 % de los votos, en una elección donde participaron dieciocho candidatos, fue una demostración no solo de la atomización de la clase política peruana sino del agotamiento de su modelo político. Si agregamos que en el

**En otro orden, en cuanto al escenario político de Chile, el recién electo presidente Gabriel Boric enfrentará un serio desafío el 4 de septiembre próximo, cuando se vote su emblemático proyecto de reforma constitucional.**

último período presidencial el Perú tuvo cuatro presidentes, no era difícil vaticinar las complejas circunstancias que habría de enfrentar Castillo para generar coaliciones políticas que le aseguren estabilidad a su gobierno.

Con tal escenario, Perú tenía todas las condiciones para el surgimiento de la antipolítica y un escenario electoral donde los peruanos tuvieron que escoger por quien fue percibido como el mal menor. Los venezolanos sabemos muy bien, por experiencia propia, los riesgos que eso representa.

Anotemos también como un tercer elemento *las protestas sociales como detonador de las crisis políticas y los apremios a la gobernabilidad*. Los casos más evidentes fueron las violentas protestas en Ecuador y Chile en 2019; y en Colombia y Bolivia en 2020. En todos estos casos los reclamos económicos y sociales fueron los detonantes de los conflictos violentos, lo que conllevó a convocar a las Fuerzas Armadas para sofocarlas, que como ha sido demostrado, sirven más para salvar al gobierno, pero no para resolver la crisis.

Así pues, al cumplir su primer año de gobierno Castillo ya ha enfrentado cuatro investigaciones en la Fiscalía del Perú por encubrimiento, tráfico de influencias, corrupción y otros delitos, sin añadir los intentos de destitución por el Congreso. Agreguemos que su partido, Perú Libre, se encuentra dividido al punto de que recientemente fue expulsado de las filas de su organización, en una jugada impulsada por Walter Cerrón, un dirigente que lidera el sector más radical de dicha organización. Perú es un caso crítico que muestra cómo la desarticulación del sistema puede poner en riesgo la estabilidad del gobierno. Castillo, además, no cuenta con un respaldo en el Congreso. Se trata de un sistema político muy fracturado, con el que el presidente llegó a la segunda vuelta con solo el 20 % de los votos y de allí deriva su falta de gobernabilidad.

El caso de Bolivia es el de un país en permanente crisis política. Superado el ciclo de dictaduras militares de los años 60 y 70, se inició en 1982 una serie de gobiernos democráticos en medio de severas crisis económicas que llevó a una inflación de más de 20 mil % anual. Drásticas medidas económicas impuestas por el gobierno de Paz Estensoro lograron controlarla, pero a un costo social enorme: "... el desempleo aumentó del 20 al 30 %, llevó al despido de 23 mil mineros estatales y los salarios disminuyeron un 40 % en un lapso de dos años".<sup>1</sup>

La inestabilidad política condujo a la irrupción del movimiento indigenista en la escena electoral que para el año 2006 produjo la

victoria de Evo Morales, el primer indígena en asumir la conducción del país. Morales obtuvo un resonante triunfo con el 60 % de los votos como una manifestación del hartazgo de los ciudadanos en la clase dirigente. Morales gobernó por tres períodos consecutivos y en el 2019, contrariando las disposiciones constitucionales que se lo impedían, intentó presentarse a un cuarto período, pero las denuncias de fraude y la pérdida del apoyo militar le hicieron renunciar y emprender el camino al exilio, primero en México y luego en Argentina.

En un escenario como este, caracterizado por una sociedad atomizada, con una fuerte fragmentación política, donde los partidos "tradicionales" vieron menguado su caudal electoral, una limitada cultura democrática y un presidente "literalmente cercado", el triunfo del MAS se erigió en este momento como la principal fuerza política del país, capaz de movilizar a importantes sectores de la oposición.

Estamos ante un cuadro político con fuertes riesgos de ingobernabilidad en tiempos en que aún se advierte el histórico sentimiento separatista en la pujante región del sur, especialmente en los departamentos de Santa Cruz y Tarija. Recordemos el emplazamiento que hicieron los líderes de la sociedad civil de esa región a fines de 2004 para la realización de un referéndum sobre su autonomía y las implicaciones que ello comporta en una zona que concentra el 40 % de la población, el 90 % de las reservas de petróleo y gas del país –donde se ubican, además, los poliductos para el transporte de dichas materias a los mercados de Brasil y de Argentina– y que genera más del 50 % del producto bruto del país. Se trata, en suma, de un viejo dilema aún no resuelto, el de las "dos Bolivias": el país indígena y empobrecido del altiplano y los "blancos", con su base en la próspera y petrolera región de Santa Cruz y otros departamentos del sur.

En otro orden, en cuanto al escenario político de Chile, el recién electo presidente Gabriel Boric enfrentará un serio desafío el 4 de septiembre próximo, cuando se vote su emblemático proyecto de reforma constitucional. Su gobierno es una coalición frágil de fuerzas políticas de poca experiencia en momentos de gran tensión, incertidumbre y polarización, colocándolo ante una disyuntiva en la que debe dar prioridad al control de las expectativas. La propuesta constitucional en un largo texto de 688 artículos y 57 disposiciones transitorias apunta a superar las incertidumbres generadas por el estallido social del año 2019.

A juicio de algunos observadores, la democracia chilena no encuentra liderazgos ni

**El giro a la izquierda que se ha dado en las últimas elecciones sudamericanas, ya comienza a dar muestra de complicaciones de gobernabilidad, como los que hemos mencionado.**

instituciones que la represente en medio de fracturas en los movimientos de izquierda y contradicciones de las fuerzas de la derecha tradicional. La imagen de la Constituyente se deteriora, la inflación y la inseguridad han aumentado, lo cual hace pensar que la votación sobre el nuevo texto constitucional será muy ajustada. Finalmente acotemos de nuevo el fenómeno indigenista mapuche que ha venido tomando visibilidad en la región de la Araucanía.

En todo caso, se abre una nueva etapa en el proceso político chileno en el que habrá que superar las sospechas en torno a la legitimidad del nuevo texto y para ello será necesario que los resultados sean lo suficientemente claros.

Finalmente, si bien la victoria de Gustavo Petro en Colombia pareciera confirmar la ya citada tesis de los giros a la izquierda en América Latina, sus primeras decisiones apuntan más bien a presentarlo como un dirigente pragmático y moderado. Así, sus acciones iniciales están en línea con lo que fue su primer mensaje al país en el que hizo un llamado a la moderación, al diálogo y a la reconciliación nacional.

Tal postura se refleja también no solo en algunas designaciones de su equipo de gobierno donde figuran dirigentes moderados, de experiencia y con diversos orígenes políticos, sino también sus primeras acciones en el plano internacional entre las que destacan los encuentros con altos funcionarios de la administración del presidente Biden; las críticas hacia la dictadura de Ortega en Nicaragua y su compromiso por la defensa de los derechos humanos, por citar algunas.

Mención especial debemos hacer de la reciente reunión entre los cancilleres de Colombia y Venezuela en la ciudad de San Cristóbal, Estado Táchira, en la que se decidió la progresiva normalización de las relaciones diplomáticas, el nombramiento de embajadores en ambas capitales, la revisión de la agenda binacional y la realización de esfuerzos conjuntos para garantizar la seguridad y la paz en la frontera de ambos países, entre otros asuntos.

## CONCLUSIONES

El cuadro descrito en párrafos anteriores nos muestra una perspectiva geopolítica cambiante la cual, sin duda, repercutirá sobre el tablero regional. Una Argentina inmersa nuevamente en sus ya recurrentes crisis políticas podría debilitar el incipiente esfuerzo de apuntalar el llamado eje progresista que intenta adelantar con México.

Con las primeras señales de lo que podría ser la política internacional de Gustavo Petro, y las expectativas en torno a los resultados de la Constituyente en Chile, podríamos preguntarnos si acaso no cabría un escenario de convergencias entre los dos gobiernos que pudiera servir de contrapeso a la visión más radical que representa el Grupo de Puebla.

El giro a la izquierda que se ha dado en las últimas elecciones sudamericanas, ya comienza a dar muestra de complicaciones de gobernabilidad, como los que hemos mencionado. Queda pendiente la elección en Brasil del próximo mes de octubre, la cual será una nueva prueba para contener los avances de la izquierda en el país de mayor peso político, económico y demográfico de la región.

---

\*Internacionalista (UCV). MA International Affairs por la American University Washington DC. Diplomático de carrera. Director general de Política Internacional del Ministerio del Poder Popular para Relaciones Exteriores (MPPRE). Fue embajador de Venezuela en Argelia y en Argentina.

## NOTAS:

- 1 SUÁREZ, A. (25 marzo, 2021): "Bolivia adolece de una inestabilidad política y social de más de un siglo". *France 24*. Disponible en línea